

## CARTA CUARTA

El hermano y la hermana.—Examen más profundizado de lo que «es la educación».—Diversas doctrinas.—El paralelogramo de las costumbres.—Definición precisa y completa de la educación.—Ejemplo práctico: la alimentación de los niños.—Educación del estómago; educación de los miembros.—Vida física del niño.—Pequeño ciudadano y pequeño rústico.—El campo vale más que todo.—Necesidad de un hogar rural.

¡Con qué lentitud progresa, querida sobrina, la infancia desarmada del animal humano! Hace cerca de cinco meses que vino al mundo Francisca II y está tan lejos de poder usar de sus miembros, de su inteligencia y de su voluntad, como una gatita de cinco días. Si yo quisiera seguir en mis cartas sincrónicamente las etapas de esta evolución entre carta y carta, tendrías tiempo de olvidarte de la anterior.

Adelantémonos, pues, a la evolución de Francisca II.

Sin salir de tu casa, se nos ofrece otro ejemplo de infancia, otro asunto de estudio: tu hijo mayor, el delfín, mucho tiempo esperado, y que te llegó a los cuatro años de matrimonio. Siguiendo la ley ordinaria, en tanto que Francisca II ha

conquistado en seguida las preferencias paternas, Pedrito sigue siendo el preferido de su madre.

El vivo agrado que te inspiran, la suave fisonomía, la elegancia nativa, la pronta sensibilidad y el espíritu avispado del delfín, no te impide confesar aquí, entre nosotros, que la educación de Pedrito no es hasta ahora como para servir de modelo. Te excusas graciosamente:

—¿Qué quiere usted?... Temíamos que ese niño no viniese nunca... Y luego, es delicado, su salud nos ha causado muchas inquietudes. En fin, todas las mamás le dirán lo mismo: el primer hijo es siempre mal educado. A su costa, se adquiere la experiencia para educar a los demás.

Es verdad, Francisca. De todos modos, no se puede decir que Pedrito sea un niño mal educado, como lo es, por ejemplo, su prima y contemporánea, Simona Laterrade. Simona es un carácter difícil, que nunca se ha intentado domar. Pedrito es un niño lleno de buenas cualidades, al que unos padres inteligentes han educado con un poco de debilidad y de mimo, al que han educado, sobre todo, sin método, sin doctrina.

Pero Pedrito no ha cumplido aún seis años, y aún es tiempo de empezar otra vez... De lo que digamos para él, aprovechará también para la educación de su hermana. Juan Jacobo ha observado, justamente, que «la infancia del hombre es femenina», es decir, que hasta los ocho años lo menos, hay poca diferencia para el educador entre un niño y una niña. Nuestras observaciones y reflexiones, partidas de Francisca II, alcanzarán a Pedrito, aplicándose igualmente a la educación fantil de los dos sexos.

Pero, antes de seguir más lejos, será conveniente

profundizar esta palabra considerable: Educación.

Educar un niño—te decía yo en una ocasión—es ponerle en estado de ser lo más feliz posible. Tú eres bastante inteligente para haber visto ahí una definición de la educación: yo definía el objeto que una madre se propone instintivamente.

¿Cómo preparar a Francisca para ser lo más dichosa posible? Definirlo, será definir la educación.

Y comprenderás «que puede haber diversos sistemas de educación, según la idea que se tenga de la felicidad humana». Subrayo esta observación que, por sencilla que sea, no la he encontrado en ninguna parte. Es, por lo tanto, capital, y explica el desorden, la contradicción de las doctrinas educativas, y también ese algo, vago y frágil, que debilita los libros sobre la educación. Tratemos de ser precisos y sólidos; esto puede ser una equivocación, pero tratémoslo.

Educar una niña o un niño, será—para el educador de buen sentido—preparar su adaptación a las condiciones de la vida, tal como razonablemente puede preverse.

Hay, pues, principios constantes en la educación, los que se refieren a las condiciones invariables de la sociedad humana; pero hay también principios variables, los que se refieren a las condiciones susceptibles de cambiar. Educar en 1912 a un niño noble, como se le hubiera educado en 1750, es criarlo con resabios. Educar en 1912 un niño burgués, hijo de capitalista, sin tener en cuenta que será adolescente y hombre en plena lucha de clases, es dar una prueba de ignorancia

o ligereza. El educador deberá proveer al niño que educa de aptitudes generales requeridas para toda sociedad humana, y de aptitudes especiales requeridas para la sociedad en que esté destinado a vivir.

Espero, Francisca, que habrás desgranado fácilmente este corto rosario de razonamientos. Y no necesito más comentarios para hacerte aceptar la definición completa de la educación.

*«Educar un niño es desenvolver y disciplinar sus fuerzas innatas para el mayor bien de su individuo y de la sociedad.»*

Como ves, ya no se trata solamente del individuo, como en aquella fórmula maternal «que se ponga al niño en estado de ser lo más feliz posible». La idea del bien social aparece y toma una importancia análoga a la idea de la felicidad individual. ¿Es por inclinaciones altruistas? ¿Para que la definición sea más generosa y más hermosa? No, sino porque «es necesaria», y porque sería equivocado preparar el bien del individuo sin tener en cuenta el bien social.

Este fundamento real y práctico es el que conviene dar a la educación, si se quiere salir de una vez para siempre de lo vago, de lo convenido, y obrar sobre espíritus que no se contenten con frases sonoras y censuras morales vacuas.

\* \* \*

Sigue prestando oído, encantadora Francisca; aún no he terminado de verter en él mi doctrina.

¿Qué son esas fuerzas innatas de que habla nuestra definición?

Si no lo sabes, no será por falta de haberlo oído decir, porque, de la doctrina hereditaria, más bien se viene abusando desde una partida de años atrás. Todas las madres modernas, todos los padres esperan encontrar en su hijo ese misterioso tesoro de costumbres ascentrales, y saben que la educación deberá contar con esas fuerzas innatas. Con frecuencia oírás decir que «contra esas costumbres hereditarias que constituyen el carácter del niño, no hay que intentar nada, y que acaban siempre por imponerse.»

Esta es una doctrina de perezosos. Parapetados tras ella, los padres se entregan a un criminal «farniente», y dejan al niño crecer como quiere. La verdad es que el carácter del niño es un sistema de costumbres en el que unas son innatas y otras adquiridas. La educación, la educación puede poco sobre las primeras, pero tiene una gran influencia sobre las segundas.

Y tú exclamarás:

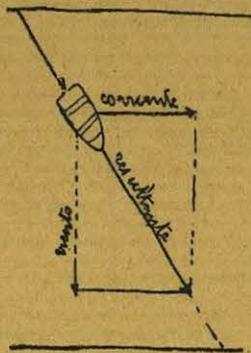
—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mi pobre hijita, barajada por esas fuerzas contradictorias?

La pregunta es justa, querida Francisca. Y, para responderla, vamos a hacer, si te parece, un poco de geometría y de mecánica.

¿Has observado alguna vez una barca de vela en un día de brisa ligera, atravesando el estuario de un río ancho, como el Sena, por ejemplo? La corriente tenderá a darle su dirección; el viento intenta imponerle la suya. ¿Adónde irá la barca? ¿Cómo se desenvolverá entre esas dos fuerzas discordantes?... Pues bien, esas dos fuerzas, por una ley natural, se unirán. Cada una aportará su tributo, su influencia al resultado, o más bien a la «resultante», para hablar como los geómetras,

Y la resultante la mantendrá diagonalmente entre los dos componentes, más cerca del componente más enérgico.

Pues bien, querida sobrina; las fuerzas morales llamadas «costumbres», no obran de otro modo que las fuerzas naturales. Francisca II, débil esquiife humano, es arrastrada en un sentido por las costumbres innatas; estas costumbres le impondrán su dirección si no influye sobre ella otra



fuerza distinta. Tú eres la que has de representar esa segunda fuerza, haciendo adquirir a tu hija costumbres que tiendan a llevarla hacia el fin que tú deseas. Y, sin duda, la segunda fuerza no neutralizará la primera, «se unirá» con ella, atraerá la resultante, la inclinará hacia sí, tanto más cuanto más enérgica sea. Y cuanto más proveas a tu hija de costumbres adquiridas, más directamente avanzará hacia el fin que tú te hayas propuesto.

... La ley mecánica que acabo de exponerte se llama ley del paralelogramo de fuerzas, porque los componentes figuran los lados de un paralelo-

gramo, en el que el resultante es la diagonal. No es, por tanto, una imprudencia establecer como base de la educación una ley de mecánica moral análoga:

I. Las costumbres innatas y las costumbres adquiridas se componen siguiendo la ley del paralelogramo de fuerzas.

II. Al final de su educación, el carácter del niño es el resultado de esos dos componentes.

Para amenizar un poco lo que estas consideraciones tienen en apariencia de aspereza, intentemos una aplicación. Buscaremos entre los actos necesarios de la vida uno de esos en que la educación (costumbre adquirida) entra más directamente en el conflicto con el instinto (costumbre innata). Escogeremos la manera que tiene el ser humano de alimentarse.

Locke y Rousseau, esos dos genios, han dicho muchas tonterías sobre la alimentación de los niños. Cuando un genio se pone a decir tonterías, las dice mayúsculas. Preocupados los dos por arrancar al niño del imperio de las costumbres físicas, no quieren que se regularicen las horas de sus comidas. Así, piensan ellos, su estómago no tendrá exigencias periódicas. La higiene moderna ha hecho justicia a esta concepción de filósofos. Desde las horas del pecho hasta las de las papi-llas, están metódicamente fijadas todas las de los alimentos de Francisca II; y seguirán estándolo cuando coma carne. Ojalá puedan estarlo siempre, aun cuando tu hija haya terminado su educación. Las muchachas, y las señoras modernas, tienen demasiada propensión a usar el sistema Locke, haciendo dengues en la mesa y atiborrándose de golosinas entre horas,

Disciplina de las comidas, yo te considero sagrada. Mi convicción es (y si no la defiende aquí es por falta de tiempo, no de argumentos) que la mayor parte de los desórdenes de la vida—y seguramente la semi-locura de muchas personas—se deben al desorden en la alimentación. Nada funciona armoniosamente si el estómago no hace más que caprichos. Disciplina de las comidas, tú eres el fundamento del orden, y, por consecuencia, un elemento esencial para la felicidad. Afortunados los que conserven a lo largo de la vida las observancias en el régimen alimenticio, que la higiene moderna impone a los niños: fijeza en las horas de las comidas, dosificación de los alimentos, comprobación constante del peso. A los adultos disciplinados como niños, les firmo yo, ahora mismo, un tratado de salud y quietud.

\* \* \*

Por el momento, no puede tratarse de que Francisca II tome su sopa fuera de la «nursery»; ¡ya es allí bien ardua la empresa! Viendo a tu hija rechazar la cuchara, cerrar obstinadamente los labios, o restituir acto seguido la cucharada que por milagro ha aceptado, me siento lleno de admiración y respeto hacia nuestros antepasados, inventores de la cuchara. ¡Qué admirable violencia hicieron a la naturaleza humana, tan inclinada a coger los alimentos con la boca, como los animales, o con la mano, todo lo más!

Francisca II comerá aún durante mucho tiempo en la «nursery». Pero ya Pedrito se sienta por las mañanas en vuestra mesa, escoltado de su Fraulein. Como la mayor parte de las institutrices tudescas, ésta es una especie de criada, que

habla el alemán, bastante ordinario, de los alrededores de Stuttgart, donde ha nacido. En tu casa ha aprendido el francés y las buenas maneras, y Pedrito manifiesta, en ese sentido, una perfecta independencia. Es un comensal caprichoso, a veces divertido y a veces molesto. Intentemos disciplinar a Pedrito en la mesa: siempre se conseguirá algo. ¿Temes fracasar con este niño, demasiado consentido? Desengáñate; a los cinco años es más difícil imponer una costumbre que a los doce meses, pero no es imposible. Prueba: el mismo niño que se conduce detestablemente en su casa, resulta un prodigio de urbanidad en cuanto lo llevan a casa de tal o cual tía un poco temida.

Yo le he anunciado nuestras intenciones al mismo Pedrito. Le senté sobre mis piernas, y tomando entre mis manos su cabecita alocada, le miré a los ojos mientras le decía:

—Ahora que te acercas a la edad de la razón, vamos a enseñarte a ser como un hombre. Por de pronto, te portarás muy bien en la mesa. No hablarás más que para responder. No comerás más que lo que te sirvan. Y no molestarás durante las comidas con tus extravagancias. Empezó por reírse con toda su alma; tan cómica le parecía la idea de que pudiera ponerse una sujeción. Cuando comprendió que yo hablaba en serio, se alargó su carita, se ensombrecieron sus ojos, y me dijo:

—No querré.

—Sí querrás. El domingo por la tarde voy a llevarte al Nuevo Circo, para enseñarte una cosa, y estoy seguro de que al día siguiente te portarás bien en la mesa.

—¿Por qué?

—Porque en el Nuevo Circo verás un elefantito poco mayor que tú sentarse en un taburete ante una mesa servida, atarse la servilleta al cuello, beber y comer solito, y hasta cuando ha concluído, lavar él mismo los cubiertos.

—¿De verdad?

—Pues claro... Lo que puede aprender un elefante, que es pesado, torpe, que no comprende la palabra, y que no habla, ¿crees que no vas a aprenderlo tú, siendo ligero y listo?

... Rousseau, en su «Emilio», usa y abusa del sistema, que consiste en poner la educación comedia: prepara laboriosamente para el discípulo golpes de teatro pedagógicos, destinados a imprimir en su espíritu las verdades juzgadas útiles. Buen procedimiento, con la condición de no echarlo a perder, como sucede con la repetición indefinida. Sabiamente administrado, despierta la atención del niño y disminuye su resistencia. Desde ayer, Pedrito ha sido mejor en la mesa. No ha dejado de informarse de las maneras que usa el elefantito; se ha establecido, por lo tanto, una tácita concurrencia entre él y este otro objeto de educación.

Quiero que tú acompañes a tu hijo a ver al elefantito. Como tantas lecciones, ésta te aprovechará de otra manera, pero tanto como a él. Observando al joven paquidermo, que no sólo hace en la mesa de convidado, sino que se entrega en seguida a ejercicios que no se exigen a los convidados, ni aun a los más amables, como equilibrios sobre las botellas, transporte de la mesa sobre la punta de la nariz, perdón... de la trompa; limpieza ordenada y metódica del servicio, compren-

derás lo ciegas y estúpidas que son las personas que niegan el poder de la educación. Un Pedrito, una Francisca II, ¿no son más moldeables que el elefante? Tanto más cuanto que se les imponen hábitos conformes a sus naturalezas, conformes a sus herencias, mientras que al elefante le imponen costumbres exactamente contrarias a su naturaleza y a las costumbres de sus antepasados selváticos.

Ahora bien, si le preguntas al domador cómo ha logrado su fin, responderá que le ha costado mucho trabajo y mucho tiempo, pero que ese procedimiento es infalible.

Educación, tu nombre es: Paciencia.

\* \* \*

No basta que un niño sea alimentado ordenada y prudentemente para que esté del todo bien; la vida del estómago es el todo en la economía física; pero la vida de los miembros tiene también su importancia.

¿Cómo educar a un niño del mejor modo para sus intereses físicos durante la primera parte de su infancia?

Antes de dar preceptos, mi querida Francisca, voy a recordar algunos recuerdos recientes.

¿Te acuerdas que en septiembre último, estando en La Reina del Bosque, en casa de los Latorrade, solíamos ir juntos a contemplar los trabajos de la granja, separada del castillo por un ancho patio? Yo, más rural que tú, me esforzaba por interesarte en esa vida campestre, sencilla y profunda, que hay que envidiar, en cuanto se

comprende. Comprobé que lo que más te interesaba no eran ni las incubadoras de pollos, ni el regreso de los caballos de labor, ni el cuidado de las vacas rojas, ni la confección de la manteca, sino Clemente, pequeñuelo de cuatro años, hijo de Bautista Martín, el granjero.

Bautista Martín y su mujer, Catalina, granjeros de los Laterrade desde hace muchos años, tienen la misma edad, poco más o menos: unos cuarenta y cinco años. Además de Clemente, ya tardío, trajeron al mundo una muchacha, Emilia, que cuenta diez y seis primaveras, y a la que la vida aleja del campo: está sirviendo en Vatan y acaricia la esperanza de servir algún día en París.

Clemente, el tardío, es, naturalmente, el preferido de su madre. Le ha criado y educado lo mejor posible. Ese «mejor posible» no tiene nada de común con la solicitud, un poco atolondrada, de una madre parisiense. Cuando Clemente se alimentaba aún del seno materno, iba con su madre a los trabajos rústicos y reposaba al pie de un árbol, a la sombra de una cerca, cuando no en el hueco de un surco, mientras su madre binaba las remolachas o escardaba el trigo. Aprendió solo a andar, primero en cuatro patas, luego en tres y por último en dos. Muy pronto supo comer sopa, y hasta apreció el gusto del vino. Desde que habla, desde que camina y se alimenta sin ayuda, lleva la vida de la granja: se levanta con los boyeros, es atento espectador de los trabajos, tortura amigablemente a la perra Moustache, y, por su cuenta, acomete una cantidad de empresas en las que hace uso ingenioso de herraduras viejas, trozos de cuerda y latas vacías, etc. Clemente es rechoncho, corto de piernas, con una gruesa cabeza rojiza, de cabellos revueltos; de facciones vulga-

res, salvo unos ojos bastante lindos, color de digital. En su educación no preside ninguna higiene científica. De chiquitín respetaban en su frente las costras de caspa, y a los cinco años creo que aún no se ha bañado, menos las veces que se cae en la balsa, lo que, entre paréntesis, le ocurre con frecuencia... Clemente Martín no es ni hermoso ni amable: tú misma no lograste conquistarlo. Sin embargo, concedías a sus hechos y gestos un gran interés; sobre todo, cuando jugaba con tu hijo, cosa que permitías a veces, con la condición de no perderlos de vista. Y yo, mirándote, leía en tu cara el orgullo que te inspiraba la comparación entre Pedrito, elegante, cuidado, pulido, y el pequeño rústico con quien jugaba. Leía en tu cara orgullo mezclado con un poco de tristeza... Porque tu predilección no podía impedirte comprobar que el campesino era, en cambio, mucho más sólido que el ciudadano. Elegancia aparte, Clemente ofrece, más que Pedro, un tipo acabado del animal humano.

¿De qué proviene esa diferencia?, me preguntarás. Pues, sencillamente, de que durante los primeros años de su vida, el hijo del hombre está muy cerca del animal, y que las mejores condiciones de su desarrollo son las que convendrían a un animal. Ahora bien, para un animal, no puede darse nada peor que las condiciones de la ciudad. No vayas a ofenderte en tus fibras maternas por la comparación que voy a hacer... Te suplico que eches una mirada, cuando estés cerca de algún establo de los que aún se ven en algunas calles parisienses, o en los corrales improvisados en solares. Ganado y volátiles presentan un estado

lamentable; se les creería enfermos o prisioneros. El hecho es que, no obstante los cuidados que se les prodigan, muchos más que a sus congéneres de campo, sufren una serie de enfermedades que estos otros no tienen que temer.

Lo mismo ocurre con los seres humanos, querida Francisca. Nosotros hemos edificado los muros que nos encierran en las ciudades; estos muros nos oprimen, como oprimen a nuestros hermanos los rumiantes y a vuestras hermanas las gallináceas; como depauperan a estos pobres árboles que vemos en jardines demasiado pequeños, alzándose hacia el aire libre. A pesar de la ausencia de higiene; a pesar de las rutinas del campo; a pesar de una nutrición mediocre, distribuida sin discernimiento, el rural Clemente Martín ha crecido mejor, en el mismo tiempo, que Pedro Despeyroux, el niño de ciudad. Y es que el medio es mejor: no hay influencia que pueda prevalecer en absoluto contra la del medio. Jenny, la obrera, ya puede cuidar maternalmente los alelíos de su ventana; nunca crecerán, como los del cura de su pueblo, en la tierra del jardín.

El mejor sistema para la formación física de la infancia, está, pues, en dos palabras: el campo. No puede haber duda sobre este capítulo. En el campo no tendrás al alcance de la mano el «gran especialista en enfermedades infantiles», que los ricos no cesan de llamar en cuanto el bebé estornuda, en cuanto sube media décima su temperatura. Pero, si hay menos doctores, también hay menos miasmas, menos microbios, como se dice ahora. En una ciudad, sobre todo en una gran ciudad como París, el peligro de un contagio ace-

cha en cada esquina, en cada portal, en cada coche, en la iglesia como en los teatros, en las caricias y en el contacto de todos, a un pequeño ser previamente anémico por la vida urbana.

Por otra parte, en el campo, además de efectuarse mejor el desarrollo del niño, se lleva a cabo con mucha más libertad. Yo admito que Francisca II, que cuenta ahora ocho meses, no esté aún agobiada por la vida social de la ciudad: su hermano mayor, a los cinco años y medio, lo está ya. Pedrito sale con su Fraulein, vestido de tal manera, que no puede revolcarse en la hierba del Bosque, ni chapotear en el barro, ni batallar con sus camaradas... Si se cae, si se hace un arañozo, un cardenal, le riñen. En una palabra, toda suerte de prescripciones, que no tienen valor más que para las personas mayores, impresionan ya a este niño de ciudad, limitando para él la facultad esencial para su progreso físico, y hasta para su felicidad, que es moverse. Entre tanto, el rústico Clemente Martín, ya favorecido por la calidad de aire que respira, rueda en el henar, se cae en el estanque, rasga el pantalón, monta en Moustache, que le desazona, se sube a los árboles, y todo eso no le cuesta más que algún azote o coscorrón. Por lo tanto, Clemente Martín, que posee el aire libre, posee también el movimiento libre. No es, pues, de extrañar que sus miembros sean más fuertes y elásticos, que respire mejor, y que corra mejor y sea más decidido que tu hijo, que está alimentado por un aire sospechoso y amarrado por trajecitos de buen sastre.

Tercera superioridad de Clemente Martín sobre Pedrito: está rodeado de objetos más apropiados a sus facultades de visión y de comprensión. Lo mismo que el aire y el sol y las plantas y los

animales, son accesorios naturales de la vida de un niño. Lo que han agenciado los hombres, lo que han añadido a la naturaleza, está hecho para excitar el interés o el placer de los seres humanos, ya formados, hechos; pero los niños no pueden aficionarse a esas cosas, porque no las comprenden bien. Aun lo que los hombres fabrican expresamente para divertir a los niños—los juguetes—no los comprenden; para adaptarlos a ellos, para hacerlos compañeros apropiados, tienen que desorganizarlos, simplificarlos, reducirlos a su elemento de comprensión... En cambio, por un misterioso acuerdo, el niño se familiariza pronto con los animales y las plantas del campo. Como si reconociesen en su vida libre, ardiente, instintiva, los caracteres de su propia vida. Ya trataré más adelante (cuando estudiemos al niño desde el punto de vista de su educación espiritual) de demostrarle lo ventajoso que es ese contacto con las plantas y los animales, más provechoso que las lecciones de misses y pedagogos. Aquí, sólo quiero hacer notar que el campo es el único medio en donde el niño puede vivir a gusto, porque nada hay superior a su débil mentalidad, y todas las imágenes encantan sus ojos. Clemente Martín no sólo tiene sobre Pedro la doble ventaja de respirar un aire más sano, sino la de moverse con más libertad. Está más divertido, más interesado; es, en una palabra, más feliz.

\* \* \*

—Sí...—me responderás tú. Todo eso lo sé, querido tío; eran precisamente mis reflexiones

cuando en casa de los Laterrade veía al hijo de los granjeros jugando con el mío... Pero, ¿para qué revivir esa melancolía?... Mis hijos están, como sus padres, encadenados en París, tienen que acostumbrarse.

Yo no digo que no, Francisca. Conozco padres, sin embargo, que no dudarían en separarse de sus hijos para mandarlos a criar al campo. Por ejemplo, los padres de tu tío Marcelo, éste que te escribe. Tu tío era un niño débil, condenado de antemano por los médicos. No pudiendo sus padres (es tu caso) instalarse fuera de París, lo mandaron a Normandía, a la granja de unos amigos. Mis primeros años, querida Francisca, fueron los de un pequeño campesino como Clemente Martín. De esto resultó que a los siete años aún no sabía leer; más tarde examinaremos si eso fué un perjuicio. Pero, además de mi amor nostálgico a la vida campestre, que no ha podido destruir el parisienismo, gané medio siglo de una salud que me parece deslumbrante al lado de la turba de neurasténicos y de estragados que nos rodea...

Si los padres de las ciudades no hacen lo que hicieron los míos, y lo que hacen muchos ingleses, es porque les cuesta un penoso sacrificio de ternura. Se quiere a los niños por sí, y no por ellos. Pues bien, ese egoísmo es un error. Por evitar una pequeña pena inicial, se infligen mil preocupaciones. Madres, os lo repito: la panacea para fortalecer y desarrollar vuestros hijos, es el campo. Y por «el campo» entiendo yo más la campiña que los jardines, más las granjas que los castillos o las villas... Una vida de verdaderos rústicos, mejorada con la higiene.

Concedo, sin embargo, que para algunos padres es incómodo y hasta imposible realizar este ideal de educación. La cabra urbana está a veces obligada a rumiar la raquílica hierba en donde la ata la necesidad. ¿Cómo educar a un pequeño animal humano en las ciudades del modo más ventajoso para sus intereses fisiológicos?

Del modo que se parezca más a una educación en el campo.

Aprovecha, Francisca, las ventajas que sobre la familia Martín te confiere tu inteligencia, tu cultura, tu situación social y hasta las comodidades de una gran ciudad. Acostumbra al niño a lavar su cuerpo después de haberlo manchado: el niño encuentra la suciedad tolerable y hasta agradable, y aquí, la costumbre adquirida debe corregir la tendencia animal. Vigila sus miembros, sus ojos, sus dientes; utiliza los doctores, puesto que los tienes a mano. Pero que toda esta higiene y toda esta cultura física (de la que encontrarás detalles por todos lados, y que me guardaré muy bien de explicar después de tantas otras) no te hagan perder de vista que el aire abundante, el movimiento libre y la alegría física, son los principios esenciales de la educación en la primera edad. El ideal, lo repito hasta la saciedad, sería un Clemente Martín que se lavase por la mañana y por la noche, y cuya alimentación estuviese más cuidada.

De todos modos, Pedro y Francisca II tendrán las mayores ventajas posibles, gracias al esfuerzo maternal y al símil campestre que figuran los jardines en la ciudad. Pero no vayas a creer que el paseo cotidiano al Bosque o a las Tullerías les

basta para todo un año. Es esencial reforzar con largas curas de aines este régimen poco sano. Y no se trata de llevarlos contigo a Trouville, o a Vichy, que siguen siendo aglomeraciones humanas, grandes ciudades intermitentes. Se trata de hacer de ellos, durante algún tiempo, unos pequeños rústicos. Lo mismo en el mar que en la montaña, o simplemente en el campo, que es lo que yo estimo preferible a todo. Porque sólo la vida del campo les libraré enteramente de todos esos delectables cuidados exteriores, que, aun a pesar tuyo, te ves obligada a imponerles en los balnearios o en las playas. El campo, un poco solitario, animado por labores agrícolas, es lo que conviene a tus chicos. Alquila, pues, una casa de campo, lo más sencilla posible, el «farm-house» de los ingleses. Trata de buscar una a la que puedas volver todos los años, y aun más veces: el niño es amante de la costumbre, y se instruye más con lo que vuelve a ver que con lo que ve.

Lo mejor sería que tuviéseis la casa de campo propia.

Es un consejo que ya te daba cuando eras soltera, Francisca. Vuelvo a dártelo con insistencia hoy que eres esposa y madre, y que, gracias a Dios, la realización de este modesto consejo cabe dentro de vuestros medios. Añadamos que cabe en los medios de casi todas las familias acomodadas, que es, lo repito, a las únicas que puede hablarse de educación integral. No hay nada menos caro en nuestros días que una casa de campo, aun teniendo un poco de tierra alrededor, muy poca, la justa para que el niño sienta la vida campestre. Y si se considera los gastos de «veraneos» que evita este retiro campestre, creo que en el

balance anual se realiza por ahí una gran economía.

Aun siendo un gasto suplementario, le diría yo al padre previsor: ¡Hágalo usted!

Sí, padre previsor, ahora que tus hijos son pequeños, no tardes demasiado; compra, si no lo has heredado de tus padres, el trozo de tierra y las cuatro paredes donde crecerán tus hijos, arraigándose, prendiendo los recuerdos como hiedras vivaces. Eso será para ellos la salud y el equilibrio moral, que es la mejor base para la cultura intelectual... ¿No comprendes, además, que el hogar de ciudad, de gran ciudad, el piso alquilado, no es un verdadero hogar? El verdadero hogar es ese del que nuestra memoria evoca las piedras, aun siendo éstas ásperas y mal unidas, y el atrio amplio o pequeño, tales como eran cuando nuestros ojos empezaron a seguir los contornos de las cosas, cuando nuestros oídos empezaron a distinguir las sonoridades y a despejarse nuestra mente.

¡Desgraciado el que no tenga esos recuerdos de su niñez!... Tu deber, padre de familia, es crearlos para tus hijos.

## CARTA QUINTA

Los dos caballos de Montaigne.—Peligro de la precocidad.—La cultura de un espíritu infantil se resume en esto: desenvolver y disciplinar la atención.—Nuevo régimen intelectual de Pedrito.—Exclusión de libros y lenguas extranjeras.—Justificación de esta medida.—Los libros y las lenguas extranjeras son los más perniciosos agentes de desorganización para el espíritu de un niño.

Un pequeño campesino, bien lavado mañana y noche, bien disciplinado y bien alimentado: así hemos definido, querida Francisca, al joven animal humano educado para mayor provecho de su cultura física. Hemos quedado de acuerdo en que esta cultura, durante los primeros cuatro o cinco años, tiene más importancia que ninguna otra.

Es decir, que hasta esa edad, no recibirán ninguna cultura ni el espíritu, ni la voluntad, ni la sensibilidad del niño.

¿No es así, Francisca?

Como ha dicho Montaigne, el cuerpo y el espíritu son dos caballos enganchados a una misma lanza; sería una locura dirigir a uno y no ocuparse del otro. Pero el caballo «cuerpo» tira mucho más aprisa que el caballo espíritu, y el tiro humano se parece un poco, en los primeros años de